

“Vayan por todo el mundo y anuncien la Buena Nueva a toda la creación”. (Mc. 16, 15)

Los desafíos de la Misión

Por P. FERNANDO DE LA VEGA

Portada

Los profundos cambios socioculturales ocurridos en nuestro mundo han provocado una especial complejidad en lo tocante al fenómeno religioso. Esto torna difícil la realización al respecto de un análisis objetivo y un diagnóstico imparcial sobre sus dimensiones.

También en nuestro entorno el fenómeno se muestra difícil de aquilatar, por lo cual, para realizar cualquier investigación, ha de evitarse todo tipo de generalización que nos conduzca a uno de los dos extremos: en Cuba hay un resurgir de la religión, sería uno; el otro, la antítesis: en Cuba la religión se bate en retirada.

Cuando tratamos de colocarnos en el justo medio, es imprescindible partir de un hecho incuestionable por unos y otros, vigente universalmente y válido, por tanto, para nosotros. Ese hecho indiscutible es que el fenómeno religioso, en la sociedad moderna y por múltiples razones, está sufriendo cambios, pues parece que vivimos en una época que ya no necesita la hipótesis de Dios, al menos como ha sido concebida y transmitida por nuestros antecesores en la fe. Nos ha tocado vivir en un mundo que se considera adulto y que parece proclamar que, sin Dios, las cosas marchan tan bien o tan mal, como con Él. Dios y la religión parecen haber quedado relegados a los casos humanamente imposibles de solucionar por la ciencia y la técnica. Una muestra, en ese sentido, es la afluencia de creyentes a los santuarios y el incremento de participantes en las misas por los difuntos.

El puesto de honor que ocupaban hasta hace unas décadas la Iglesia y la religión, parece haber sido cubierto por la ciencia, la técnica y la economía. Las cuestiones fundamentales que preocupan al hombre de hoy no son religiosas, sino que se mueven en el orden de la ciencia y sus consecuencias, de los avances de la tecnología y de los aspectos relacionados con la economía.

La ciencia se ha convertido en una especie de deidad, en un absoluto que goza de las prerrogativas que antes se le atribuían exclusivamente a Dios. El ser humano, en su propósito de dominar el mundo –propósito querido por Dios: “Domina la creación...”-, no se ha detenido en cuestiones éticas y trata de subordinar a sus fines cualquier medio empleado, violando lo que hasta ahora parecía sagrado e intocable, argumentando el servicio a intereses supuestamente superiores y beneficiosos para la humanidad.

El cristianismo enseña que, unos instantes antes de regresar a las manos del Padre, Jesús dijo a sus apóstoles: “Vayan por todo el mundo y anuncien la Buena Nueva a toda la creación” (Mc, 16,15). Han pasado casi dos mil años y, en todo ese tiempo, los seguidores de Cristo,

Portada

en las distintas denominaciones cristianas, han tratado de cumplir ese mandato de su Señor, anunciando la salvación al mundo entero.

Salvación es una palabra antigua, que no resulta convincente para el hombre de hoy y mucho menos si se utilizan sus equivalentes: redención, sacrificio, rescate... La palabra viene de los antiquísimos tiempos de Adán, el hombre caído, que muere desterrado del paraíso para el que había sido creado, pero con la promesa que Dios le hace de un Salvador al llegar a la plenitud de los tiempos, para su descendencia caída.

En los tiempos que corren, el hombre, como nunca antes, se preocupa de salvar sus cosas y para ello ha diseñado todo tipo de estructuras de seguridad que protejan cosas específicas, de valor determinado y referidas a tiempos también específicos. La propuesta de una salvación eterna resulta un concepto excesivo, referido a algo intangible para hombres educados en lo práctico y lo inmediato.

El concepto evangélico de salvación del hombre no puede, de ningún modo, quedar reducido a una visión espiritual de la vida más allá de la muerte biológica, ni tampoco a la dimensión espiritual de la existencia terrena de la persona; mucho menos puede quedar reducido a los aspectos psicológicos, sociales o políticos, sino que debe integrarlos en una síntesis original e irreductible. Juan Pablo II, en su encíclica sobre la salvación del hombre, expresa que “este es el primer camino que la Iglesia recorre en el cumplimiento de su misión”.(Redemptor Hominis III, 14)

Pero ¿cuál es la reacción del hombre moderno ante el anuncio de la salvación manifestado por la Iglesia? Se observan claramente tres grupos como ante todos los grandes interrogantes de la vida. El arco de respuestas comprende, desde el sí al no, pasando por el pero. Es decir, las respuestas abarcan desde la aceptación incondicional hasta el rechazo total, pasando por la aceptación con condiciones.

Un primer grupo, aún numeroso, sería el del sí incondicional; este grupo continúa recibiendo el anuncio de la salvación de modo positivo, pues forma parte viva de su fe. Sus integrantes ven fundamentalmente la salvación como referida a una situación de pecado y ordenada a la vida eterna –el cielo- después de la muerte. Son mucho más creyentes que anunciadores y apenas son capaces de transmitir esa salvación, porque normalmente la sitúan en el terreno personal y en el orden meramente espiritual.

El segundo grupo estaría compuesto por los del sí con condiciones, quienes aceptan también el anuncio de la salvación, pero son conscientes de que no bastan las viejas expresiones y se preocupan por entenderlo en clave del hombre actual. La salvación, más que a conceptos, debe responder a vivencias. Quieren entender este anuncio de modo que puedan transmitirlo, y así el concepto de salvación trasciende el orden espiritual y pasa a otros niveles; quizá la teología de la liberación intente moverse en este terreno.



El tercer grupo, probablemente el más amplio entre nosotros, responde negativamente al anuncio de la salvación. Les interesa generalmente más la salvación que puedan encontrar en el ámbito social, de la salud, de la economía... que en el espiritual. Como la necesidad de salvación no ha desaparecido para el hombre, es necesario que el anuncio le alcance y sea aceptado; esto nos lleva a intentar el descubrimiento de las causas que motivan el rechazo de la mayoría, las cuales afectan también las vidas de los creyentes de los dos grupos anteriores.

Lo dicho hasta aquí nos lleva de la mano a otra interrogante: ¿qué ha pasado para que el anuncio de la salvación deje indiferente a la mayor parte del mundo occidental, precisamente el más cristiano confesionalmente?

He aquí un esbozo de causales que pueden, desde distintos ángulos, ofrecer pistas para la tarea evangelizadora de la Iglesia. Estas causas podríamos clasificarlas en dos grandes grupos: las de carácter social y cultural y las de carácter religioso.

Las abundantes catástrofes y desgracias que asolaban hasta la Edad Media a la sociedad creyente, estructuradas desde concepciones religiosas, impulsaron a creer en un Dios terrible y castigador al que había que aplacar constantemente, pues el pecado era la fuente de todas las desgracias que le ocurrían al ser humano.

El posterior progreso de la ciencia y de la técnica ha demostrado al hombre moderno que puede confiar en sí mismo, salvándole de muchas catástrofes, protegiéndole de amenazas y futuros inciertos y creando un mundo más satisfactorio. El hombre moderno cada vez mira menos al cielo y más a sus manos para actuar.

Los dos extremos, el de pobreza y el de riqueza, que siguen juntos en el mundo desarrollado, constituyen también un motivo de rechazo al mensaje evangelizador. El progreso y los avances de la técnica despertaron la utopía de un “mundo feliz” donde, por fin, todo bienestar sería posible, pero la pobreza sigue matando lentamente a la mayor parte de la humanidad, mientras continúan las guerras, la violencia y el terrorismo, así como las nuevas formas de atentar contra la vida antes de nacer o en el momento de la generación. El hombre actual se pregunta qué ha hecho el cristianismo y su Dios a favor del mundo sufriente, dividido y subdesarrollado.

Se le imputa a Dios, y como consecuencia a la Iglesia, no haber sido capaces de enseñar a los hombres la necesaria fraternidad que les permita alcanzar la supervivencia. Son muchas las heridas sufridas por la humanidad para creer en el Dios salvador, predicado desde hace dos mil años.

En las causas de orden religioso, podríamos comenzar con la reflexión sobre las fallas por parte de la Iglesia en el anuncio de Cristo. Para algunos, las creencias religiosas, especialmente las relacionadas con la salvación, surgen del mito de culpabilidad y de los complejos represivos en que viven muchos hombres. La religión se ofrece, entonces, como el único camino para solucionar esa sensación de angustia existencial, garantizándole, mediante ritos y creencias, una liberación total después de la muerte.

Otros parten de la conocida tesis ofrecida por la historia de las religiones, según la cual estas, basadas en la redención del hombre, al estilo del cristianismo, surgen en las culturas de superestructuras donde la situación desesperada de los oprimidos, que son la mayoría, despierta el deseo incontenible de liberarse mediante un cierto escapismo.

Un análisis más detenido no parece indicar que la propagación de estas dos teorías traiga aparejada la pérdida de la fe, porque los mitos afectan la comprensión en tanto que la fe afecta a la realidad.

Muchos impugnan a la Iglesia los métodos que, a través del tiempo y en diversas circunstancias, ha utilizado para imponer la fe por la fuerza. Ciertamente, han existido momentos en que, bajo amenaza, la fe ha tratado de imponerse, apoyándose en una imagen de Dios que lo muestra severo y vengativo, y en una ortodoxia de creencias y principios hoy muy discutibles. Las imposiciones religiosas, como las de corte ideológico, suelen



convertirse en instrumento de dominación y terminan provocando el rechazo.

El anuncio cristiano debe ser la antítesis de una imposición. La primera condición de la fe, cuando es válida, es la libertad de aceptación.

La salvación se ha basado frecuentemente en conceptos negativos del hombre y de Dios.

Si el hombre no puede salvarse a sí mismo, es que ha sido creado para el fracaso. Si para ayudar al hombre, Dios necesita que este sea un fracasado, tampoco se honra mucho Él como Salvador.

Este tipo de planteamiento, basado en una miseria total y absoluta del hombre, supone una “inflación” de la correcta doctrina y, por supuesto, de la necesidad de la salvación. El anuncio salvífico no puede ser un consuelo de segundo orden para aquél a quien se le niega el cumplimiento de sus deseos más justos y obvios. De esa manera, sí podría estar justificado el calificativo de “opio”, injustamente proclamado por el marxismo.

La Iglesia no es una realidad puramente celeste e invisible; sus miembros pertenecen al género humano y están diseminados por toda la tierra y esto implica una mutua influencia. De los condicionamientos sociales, económicos y políticos dependen, en gran parte, las actitudes de unos hombres para con los otros, y las disposiciones que emanan de los complejos mecanismos de la sociedad que pueden ofender a Dios y herir al hermano.

De ese mutuo influjo de la Iglesia y la sociedad, en su quehacer cotidiano, se desprende la necesidad de buscar fórmulas adecuadas, y entre las primeras se encuentra la urgencia de la misión evangelizadora, porque el cristianismo no sería plenamente fiel a las exigencias del Evangelio si permaneciera en una simple adhesión intelectual a las enseñanzas de la Iglesia, sin decidirse a una acción concreta.

Al asumir su propia responsabilidad con el deseo de prestar un eficaz servicio a los hombres, el discípulo de Cristo se ve precisado a optar entre las diversas posibilidades a la luz de su propia conciencia dentro del ámbito de su legítima libertad. Dado que ningún sistema social o político puede agotar todas las riquezas del espíritu evangélico, es necesario que exista en la comunidad política espacio suficiente para que todos sus miembros puedan asumir, de manera eficaz, una pluralidad de compromisos individuales y colectivos.

La salvación que debe anunciar la Iglesia, como parte esencial de su misión, se ordena radical y primordialmente a la liberación del pecado y de la muerte y a la reconciliación de los hombres entre sí en Cristo, pero abarca también la liberación de todas las esclavitudes humanas, sean económicas, políticas, sociales y culturales que, en última instancia, derivan del pecado. (G. S. 41). Esta misión estimula a todos los cristianos, según su condición, vocación y aptitudes, a trabajar infatigablemente por transformar el mundo, para hacerlo más humano y más conforme con los designios del Creador, y nos obliga a todos a dar testimonio con nuestra vida, a reconocer el progreso social conseguido dondequiera que se encuentre, a no disimular las exigencias del Evangelio y denunciar las injusticias con amor, veracidad y firmeza, aunque tal lealtad a la Ley de Dios sea manantial de sufrimientos, incomprensiones y aun persecuciones. Se trata de una tarea de la que está urgido nuestro tiempo.